

con malos tratamientos, será penado con ejemplares castigos.» En virtud de este decreto, Eugenio Boré estableció una escuela francesa y persa en Táuris.

Los señores persas parece tienen mas que tolerancia con el catolicismo; pues de Ispahan escribe otro francés, el conde de Guiche, al mismo Eugenio Boré lo siguiente: «Si Mons. Juan (el prelado católico de Ispahan) se ocupa en cosas de este mundo, no por eso descuida su mision. Cuando llegó á este pais, estaba poco estendida en él nuestra fé; pero predicando de viva voz y con su ejemplo, ha logrado traer algunos á ella. La pequeña iglesia de los dominicos no está ya desierta los domingos. Muchos son ya católicos en su corazon pero todavia no practican abiertamente el catolicismo. La piadosa audacia del misionero no se ha arredrado por ningun obstáculo, y Dios ha recompensado sus esfuerzos. Os asombraríais si os dijera los nombres de personajes de elevada posicion que delante de mí se han preciado de ser católicos en el fondo de su alma (1).»

El mismo viajero escribia tambien de Persia en el mes de diciembre de 1839: «Poco á poco me habia ido relacionando con algunos *mollahs* (doctores de la ley musulmana); venian á sentarse á mi lado y nos hacíamos mutuamente las mas lisonjeras protestas de amistad. Sin embargo, V. comprende que nuestras conversaciones estaban reducidas á muy estrechos límites, pues el idioma turco era nuestro único medio de comunicacion y ellos apenas le sabian mejor que yo. Así es que la pantomima hacia el principal papel en nuestros discursos. Uno de dichos *mollahs* especialmente me queria mucho, y pasábamos juntos las largas noches en el terrado fumando

(1) *Correspondance et Memoires d'un voyageur en Orient*, par Eug. Boré, t. 2, p. 479.

el *tchibouk*. Un dia que estaba yo solo con él y que con motivo de un silencio forzado me veia reducido á examinar de arriba á bajo á todos los transeuntes, me quedé grande y gratamente sorprendido al oírle decirme en turco: *yo soy católico*. Al pronto miré en derredor mio para ver quién acababa de pronunciar esas palabras y á quién se dirigian; tan grande era mi sorpresa. Porque, á la verdad, ¿cómo podia yo imaginarme que aquel hombre, uno de los gefes de la secta de Ali, hubiera renunciado á su religion para abrazar una religion estrangera que apenas podia conocer y en el desprecio de la cual habia sido educado? Sin embargo, así era. Aquel excelente *mollah* es realmente católico; pero no puede practicar del todo su religion, porque los musulmanes no pueden cambiarla, bajo pena de la vida. Por lo demás, he sabido que otros muchos se hallaban en el mismo caso. La fé mahometana se halla en una decadencia tal en este pais que los hombres sinceros y de corazon procuran adherirse á otra cosa. Los demas permanecen musulmanes en lo exterior; pero en el fondo no son nada. El deísmo y aun el ateísmo son tan conocidos aqui como en Francia; no hay mas sino que el pueblo ha conservado aqui algo de su antiguo fanatismo (1).

El señor Esteban, presbítero, procurador general de los paules, dice lo siguiente en la carta de 20 de noviembre de 1840 que ya hemos citado: «A mi parecer, la cuestion de Oriente que ocupa á todos los ánimos, que absorbe la actividad de los hombres de Estado, y hace temer en el seno de la Europa una conflagracion general, no puede resolverse sino por el catolicismo. Ved al imperio turco, á ese coloso que tanto espanto causó á

(1) *Correspondance et Memoires d'un voyageur en Orient*, par Eugene Boré, t. 2, p. 489.

nuestros antepasados, está conmovido hasta en sus cimientos, en todas partes va debilitándose por su propio peso y amenaza una próxima caída. Los inmensos girones que de él se desprenden atestiguan bastante que este gran cuerpo se disuelve. Y esta disolucion, si es lícito presumir cuáles sean los designios de la Providencia, tiene por objeto poner fin al castigo que siglos há pesa sobre las naciones orientales, romper las cadenas expiatorias que por tanto tiempo las han tenido bajo el yugo de la infidelidad, y devolverles, con la Religion que en otro tiempo fué su gloria y su ventura, la vida social que perdieron por haber perdido la fé. Así pues están en grande error los que piensan que les es dado fijar los destinos de este pueblo, y apropiarse ó repartirse á su gusto sus despojos. Así como pocos años há estaban muy distantes de prever el estado en que hoy se encuentra Turquía, así tambien son impotentes para determinar de qué lado caerá y á quién pertenecerán sus ruinas. Dios dejará que los hombres se agiten y que los gobiernos rivales anden traqueteando en todos sentidos este imperio agonizante. Todos sus esfuerzos no producirán otro resultado que dar al Evangelio tiempo para establecerse por todas partes, de unir los ánimos y de arraigarse todos los corazones. La última hora del poder musulman no sonará hasta que su patrimonio quede adquirido irrevocablemente para la Iglesia de Jesucristo.

«Esta es la conviccion que llevará de Oriente toda persona que fije su atencion en los progresos que allí hace nuestra fé á medida que va debilitándose el imperio; y esa conviccion la tienen hasta los mismos turcos. Ellos han comprendido que ya ha pasado su reinado, que ya no forman mas que una sombra de nacion que está á punto de desaparecer, y que ya les es imposible luchar contra el principio de muerte que está mi-

nando su constitucion. Y lo mas notable es que ese pueblo, cuyo carácter sencillo, leal y noble atrae todavia la estimacion aun en medio de sus desgracias, tiene la íntima persuasion de que á nosotros corresponde recoger sus restos. Cuanto mas desprecio tiene para con los sectarios, á quienes aborrece lo mismo que á los judíos, tanto mas afecto manifiesta á los católicos. ¿Será esto acaso un indicio de la proximidad de la reunion de los hijos de Mahoma á la gran familia de Jesucristo? Motivos hay para creerlo, cuando por todas partes vemos irse estinguendo el islamismo en provecho de la verdadera fé.

»En lo sucesivo la Siria no será ya gobernada á la turca; es una rama desgajada del tronco, el cual no puede ya comunicar la savia musulmana. La franquicia ó esencia de esta provincia data desde su invasion por el bajá de Egipto. Desde esa época se ha visto ir disminuyendo de una manera tangible, por decirlo así, el fanatismo de los infieles. Las iglesias, que antes no podian ser reparadas sin un firmán del gran señor, fueron desde entonces agrandadas y multiplicadas sin obstáculo. Bien pronto se abrieron en varios puntos escuelas cristianas para niños y para niñas, y hasta se erigió por los sacerdotes de nuestra congregacion un colegio en Antoura que cuenta habitualmente de cuarenta á cincuenta pensionistas. Damasco, la ciudad santa de los musulmanes, en la que hace poco no podia entrar cristiano alguno sino con la cabeza descubierta y pagando un tanto; Damasco no solo ha cesado de ejercer esa odiosa tiranía, sino que además toleró que en su recinto se celebrasen nuestras augustas ceremonias. De la tolerancia pasaron muy luego los turcos al afecto á nuestro culto. Así se vió hace diez años (1838) á una poblacion entera de esos infieles abrazar el Evangelio. Hasta se tiene la prueba de que los mahometanos ma-

capaces de apreciar las cuestiones religiosas se ocupan secretamente en el estudio del cristianismo. Muy poco há que un turco de Damasco, hallándose en su lecho de muerte, mandó llamar á un sacerdote católico y le pidió el bautismo. La sorpresa del misionero subió de punto al verle tan instruido en las verdades de la salvacion como impaciente por recibir el sacramento de la regeneracion. Pocos instantes despues de haberle conferido esta gracia, vió á su afortunado neófito espirar manifestando los sentimientos de la mas edificante piedad. Con el islamismo caerán tambien las sectas disidentes. Hasta ahora á él deben el subsistir, pues pagando el fanatismo de los turcos compraban el derecho de vejarnos impunemente; mas ya les está cerrada esta puerta. La Iglesia, pues, libre de toda traba, debe prometerse recoger aqui una buena cosecha, y abundantes consuelos que le harán olvidar muy luego sus pasados dolores.

»Constantinopla y Smirna son los dos puntos que yo tenia que estudiar de un modo particular, no solamente porque son la residencia de dos florecientes misiones, sino porque ejercen poderoso influjo en lo restante del imperio turco.

»En Turquía, no se trata de anunciar el Evangelio á pueblos sepultados en las tinieblas de una grosera idolatría, ni de sostener discusiones seguidas y formales con predicantes de las sectas disidentes. Allí el principal obstáculo que el error opone á los progresos del Evangelio, la base en que descansan á la par la heregia y el islamismo, es una ignorancia profunda y comun; la diferencia que hay es que esa ignorancia en los herejes va unida á la supersticion, y en los musulmanes al fanatismo. Asi pues el primer medio de favorecer el triunfo de la fé será instruir á la juventud. Si el Coran conserva todavia discípulos esporque prohíbe la instruccion; mas hoy dia esta

prohibicion no es ya respetada por los grandes, cuyo desprecio de la ley de Mahoma apenas le disimulan con algunas prácticas de que hacen alarde á los ojos del pueblo. Sus tendencias á entrar en relaciones con los misioneros católicos es una feliz disposicion que yo me he hallado en el caso de poder atestiguar. Dos bajás me dispensaron el honor de comer conmigo en la casa y en la compañía de nuestros hermanos de Constantinopla, y aun fué menor la sorpresa que me causaron con la franqueza y cordialidad de sus modales y lo estenso de sus conocimientos que la que espermenté al ver la estimacion que hacian de nuestras doctrinas. A su vez tampoco el pueblo tardará en pasar por encima de la ley que le condena á la ignorancia, y todo induce á creer que asi entre él como entre los grandes la instruccion redundará en beneficio de la fé. Permitasele pues entrar en nuestras escuelas, y el Evangelio y la ciencia le hallarán igualmente dócil á sus enseñanzas. Aun cuando no se hubiesen ya captado su predileccion los misioneros, la gravedad de nuestro culto, que tan bien se adapta á la nobleza de su carácter, bastaria para prevenirle en favor nuestro. Lo repito, en el momento en que los turcos tengan libertad para elegir religion y permiso para instruirse, la Iglesia estará ya en visperas de contarlos en el número de sus hijos.

»Pues bien: en Constantinopla dirigen nuestros hermanos un colegio en el que reciben su educacion los hijos de las primeras familias de la ciudad, y una escuela á la que concurren por lo menos ciento cincuenta esteranos. De estos dos establecimientos han salido ya considerable número de escelentes sujetos tan útiles á la sociedad como sinceramente adictos á la Religion. Tambien me he hallado en el caso de poder apreciar con el mayor enternecimiento, pues no pude contener las

lágrimas, sus progresos en las ciencias y sobre todo los virtuosos sentimientos que manos hábiles cuidaron de desarrollar en sus jóvenes corazones. Y cuando yo consideraba que no habia en Constantinopla abierta otra escuela, me congratulaba en deducir de ahí que solo la Religion era la llamada á poseer la generacion naciente. No era menos consolador para mí el ver á aquellos jóvenes educados por nuestros misioneros hacer alarde de los principios que habian bebido en las fuentes de la fé. Y cuenta que se los encuentra en todas partes, entre los banqueros, entre los comerciantes, en las diferentes administraciones, en las cancillerías, etc., y en todas partes se muestran dignos de los maestros que los han educado.

»Para completar la obra de la instruccion de la juventud en Constantinopla, nuestros misioneros han establecido en su casa una imprenta, cuyas prensas, ocupadas constantemente en reproducir en los diferentes idiomas de Oriente obras de estudio y de piedad, proporcionan con poco gasto á los estudiantes y á los pobres los libros que necesitan.

»Ni es esto todo: Constantinopla tiene ya su oficina de caridad, pues en estos momentos se está construyendo un hospital destinado á socorrer á los enfermos y á dar asilo á sesenta familias indigentes. A su fundacion no solo han querido contribuir los gefes de las primeras casas de la ciudad, sino que el gran señor se ha dignado tambien asociarse á esta obra inscribiéndose por diez mil reales. Antes de un año se hallará ya este hospital en disposicion de realizar el bien que promete. Las Hermanas de la Caridad serán las llamadas á encargarse de la direccion de ese establecimiento.

Y no es solamente por los desvelos con que cuidan nuestras Hermanas á la juventud en sus escuelas de Smirna y Constantinopla por lo

que han sabido hacer que sus establecimientos sean queridos de aquellos países y útiles á la Religion; otra ventaja, que debe tenerse en cuenta para apreciar su abnegacion, es la de hacer brillar en aquella tierra infiel y en medio de pueblos herejes las inimitables obras de la caridad cristiana. Visitando el Levante, es fácil echar de ver que para llamar la atencion de los orientales é inclinarlos á la fé, no bastan el celo apostólico, las virtudes y las predicaciones, sino que además se necesitan obras. Los turcos no discuten, pero ven; sordos á un razonamiento, se muestran sensibles á un beneficio; la gratitud es el camino mas seguro para conducirlos á la verdad. Esta observacion, fundada en su bien conocido carácter, acaba tambien de ser justificada por la esperiencia. Usted sabe que entre los turcos un cristiano es un ser despreciable á quien jamás conceden entrada en sus casas; y aun una cristiana jamás es admitida en el interior de la familia. Pues bien, en Smirna, donde hemos establecido para los enfermos un servicio de socorros á domicilio, la Hermana de la Caridad es tratada de muy diferente modo; pues no solamente se le abren todas las puertas, sino que su visita, además de deseada y hasta solicitada, es reputada como un honor que se estima en mucho y del cual se conserva un religioso recuerdo. Se miran como del mas feliz agüero las inocentes caricias que hace á los niños, y todas las familias andan á porfia por presentárselos para que los bendiga. ¿Y por qué esta tierna escepcion en su favor? ¡Ah! porque la caridad las inspira y porque los beneficios la acompañan. El mahometano ve algo de sobrenatural en una joven que ha atravesado los mares y sacrificádolo todo por ir á curar sus llagas y aliviar sus dolores; y aun ha sucedido que algunos han preguntado ingénuamente á estas religiosas, si habian bajado del cielo. El patio de sus

casas se ve todos los dias lleno de enfermos turcos que vienen á consultarlas. Y sube de punto la admiracion de estos infieles, cuando al ofrecer á las Hermanas el valor ó precio de los remedios y medicinas que ellas preparan, las oyen responderles que *ellas ni quieren ni pueden recibir nada*. Se quedan como estupefactos á vista de una abnegacion tan pura, de unos sentimientos tan desinteresados. En fin, y esto es altamente notable, hasta los imanes turcos y los sacerdotes hereges reclaman los socorros de las Hijas de San Vicente de Paul, y las tienen en la mayor veneracion.

» A todos estos pormenores, no añadiré mas de una palabra acerca del edificante espectáculo que en este año (1840) ofrecia la procesion del Corpus en las dos ciudades de Constantinopla y Smirna. Mas de ochenta muchachas, llevadas por las hermanas, iban en esa procesion vestidas de blanco. Esta novedad, y mas aun la modestia y piedad de esas niñas, causaron la mejor impresion en la inmensa multitud de espectadores, de los cuales un crecido número no pudo contener sus lágrimas. Un bajá quiso tambien contribuir á dar mayor realce á esta solemnidad y en testimonio de la predileccion con que miraba nuestro culto envió sus músicos á la procesion de Constantinopla. ¡Dígnese el Señor favorecer tan bellos principios y acelerar los dias de consuelo que el Oriente parece prometer á la Iglesia!»

Hé ahí lo que acerca del estado del mahometismo en Turquía escribia en 1840 el actual superior de los misioneros y de las Hijas de San Vicente de Paul.

El brahmismo y el bouddhismo, que reinan desde la India hasta el Japon, pueden mirarse como dos religiones filosóficas en el sentido de que los filósofos de la India y de mas allá, los brahmas, los samaneos, y otros, son los que las sostienen y las esplotan. Lo que

ellas tienen de comun es la unidad del Ser Supremo, es una idea informe de trinidad divina, que va reproduciéndose, sin fin y sin término, hasta en las menores criaturas, de suerte que todo es Dios y todo debe ser adorado por la mas grosera de las idolatrias. La encarnacion de la segunda persona divina, repetida ya hasta diez veces, en la última de las cuales esta persona encarnada fué Bouddha.

Lo que tiene de particular el brahmismo es establecer como punto fundamental de dogma, de moral y de política, la distincion de cuatro castas; los brahmas ó sábios, entre los cuales los sacerdotes son llamados *gourous*; los guerreros, los comerciantes y los artesanos. Los que están escomulgados, y desde el momento en que lo están, no pueden pertenecer á casta alguna, son llamados *párias*, los cuales en algunas provincias forman la mayor parte de la poblacion.

El bouddhismo rechaza las castas, y aun parece que por esto rompió con el brahmismo. Al gobierno civil y religioso de las castas, que continúa en la India, ha sustituido el bouddhismo para la Religion una gerarquía de personas. Supone él que Bouddha, la divinidad encarnada, renace por la metempsicosis en cada uno de los Pontífices que le suceden. Estos Pontífices que en el tercio décimo siglo se fijaron en el Tibet, adoptaron entonces todo lo exterior de la Iglesia romana; la subordinacion de los patriarcas al Papa, de los arzobispos á los patriarcas, de los obispos á los arzobispos etc.; los monasterios, las procesiones y hasta la tonsura clerical. Ellos aprendieron todo esto, así de las diferentes sectas cristianas esparcidas por el Asia, como de los misioneros católicos que el Papa y el rey San Luis enviaban al emperador de los Mogoles, dueños entonces de toda el Asia occidental; pudieron tambien aprenderlo principalmente del arzobispo católico que entonces residia en

Peking y que ejercia públicamente su culto. Cosas son estas que el sábio Abel Remusat ha puesto fuera de duda.

Ahora bien: lo que el bouddhismo ha hecho en el siglo trece, ha podido hacerlo, lo mismo que el brahmismo, en los siglos anteriores, tomando de los judíos y de los cristianos algunas verdades y algunas prácticas para despues gloriarse de ellas cual si fuesen de su invencion. Se supone generalmente que en los mas antiguos tiempos no habia comunicacion del Occidente con la India y la China; pero vemos lo contrario en la Sagrada Escritura y en los autores profanos. El libro de Ester nos presenta á la India como una de las provincias del imperio persa en una época en que la Religion de los judíos era conocida y celebrada en todas partes. A su vez Herodoto indica la ruta por tierra y las estaciones que seguian los mercaderes para ir del Ponto Euxino á la China, y el sábio Heeren ha probado que estas indicaciones son exactas y que esa ruta por tierra y esas estaciones son todavia hoy las mismas. Klaproth ha encontrado que en el siglo anterior y en el posterior al nacimiento de Jesucristo, el imperio chino y el imperio romano se tocaban ó colindaban en las orillas del mar Cáspio y que se conocian el uno al otro. A mediados del siglo IV, Ammiano Marcelino, que acompañaba á Juliano apóstata en su espedicion contra los persas, dice positivamente que el imperio de los persas contaba entonces á la China entre sus provincias. Nada ha sido mas fácil al brahmismo y al bouddhismo que tomar de los judíos y de los cristianos, como ha sido fácil á los protestantes modernos tomar ó copiar del catolicismo. Pero como ni en el brahmismo ni en el bouddhismo, lo mismo que en los protestantismos de Europa, no hay autoridad alguna divinamente asistida para

discernir lo verdadero de lo falso y fijar el lenguaje con la doctrina, encuéntranse allí las ideas en un caos irremediable. Reconócese allí aquel imperio en que no hay orden alguno, sino una confusion eterna. Bajo este concepto el brahmismo se asemeja al protestantismo alemán, y el bouddhismo al protestantismo anglicano. En el primero no hay mas gerarquía que los sabios ó los brahmas; en el segundo hay sí una gerarquía, pero esa gerarquía no es mas que un plagio muerto de la gerarquía viva de la Iglesia de Dios. Ya hemos visto á los protestantismos de Alemania y de Inglaterra comenzar á volver sus miradas hácia la Iglesia católica de la que se separaron; pues bien, casi podia creerse que la divina Providencia está preparando algo semejante para el brahmismo de la India y el bouddhismo de la China.

En el Tibet y en el Indostan hay dos obispos católicos, un obispo y su auxiliar, que residen alternativamente en las ciudades de Agra ó de Delhy, con doce misioneros. Una princesa india convertida al catolicismo fundó allí un seminario, al mismo tiempo que el reino de Lahore, por la estimacion que en él inspiraron unos generales franceses, abre á las conquistas evangélicas una nueva carrera. En 1844 el vicario apostólico de Agra contaba con veinte sacerdotes; además le habia llegado de Lyon una colonia de hermanas y habia establecido un colegio.

En Bengala hay un obispo católico en Calcuta, uno en Bombay con un auxiliar, uno en Madras con un auxiliar, uno en Pondichery, uno en el Malabar con un auxiliar, uno en la isla de Ceylan con doscientos mil católicos. Hace cuarenta años, cuando la isla de Ceylan estaba bajo la dominacion holandesa, era perseguido en ella el catolicismo, y favorecido el bouddhismo; pero desde que esa isla per-

tenece á los ingleses el catolicismo hace en ella maravillosos progresos.

En 1850 dividió Pio IX á Ceylan en dos vicariatos apostólicos: Colombo al Oeste de la isla, y Jaffna al Norte. El obispo de Colombo, capital de la isla, es Mons. Cayetano Antonio, quien desde 1850 tiene por auxiliar á Mons. Bravi. El obispo que gobierna la segunda provincia es Mons. Bettachini, misionero en Jaffna desde 1840, y que en 1847 viajó por Europa para dar á conocer sus ovejas y sus necesidades á la caridad de la Francia. Colombo, la capital, es una ciudad de setenta mil habitantes, de los cuales son católicos diez y seis mil. Posee diez iglesias grandes y decentemente adornadas, afectas á las diferentes castas del pueblo y edificadas en su mayor parte con sus propias manos, por medio de sus diarios ahorros. Negambo, ciudad casi toda católica, contiene treinta mil fieles. Candia posee todavía el templo gigantesco de Bouddha, y al frente de este santuario de la idolatría no tenemos mas de una pequeña iglesia frecuentada por dos mil cristianos. El clero de toda la isla cuenta cuarenta sacerdotes y el número de católicos asciende á doscientos mil. Jaffna ha decaído mucho de su esplendor antiguo, pues antes tenía un colegio de jesuitas al Oeste de la ciudad, una iglesia y un convento de Santo Domingo al Este, un convento de San Francisco al Mediodía; y cuando los holandeses se hicieron dueños de la fortaleza en 1658, dice Baldeo que fueron espulsados de la ciudad sesenta religiosos. Casi toda la provincia había abjurado la idolatría y hasta los brahmas habían pedido el bautismo. Hoy Mons. Bettachini no tiene en Jaffna mas que una pobre capilla y los pescadores de perlas son pobres; pero la fé y la obediencia se han conservado en el rebaño, se han renovado en los pastores el celo y el fervor, y la iglesia de Ceylan regenerada

ofrece todavía ejemplos á la tierra y Santos al cielo (4).

En 1820, hallándose en su lecho de muerte el rey Gia-Long, de Anam, imperio que comprende el Tong-King y la Cochinchina, prohibía estrechamente á Minh-Menh, su hijo y sucesor, perseguir jamás á la Religión cristiana. Pero este hijo, que en la persona de su padre debe el trono á los cristianos de Francia y á los cristianos de su imperio, se mostrará en gran parte de su gobierno el perseguidor cruel de los unos y de los otros, y esto sin otro motivo que su ódio contra la Religión cristiana. Este ódio se reveló desde los primeros años de su reinado, y una de sus primeras víctimas fué su capitán de guardias, que era cristiano. Pero cuando estalló mas abiertamente fué el 6 de enero de 1833 por un sanguinario edicto de persecucion. Mandábase en él á todos los cristianos, cuyo número asciende en aquel reino á mas de quinientos mil, pisar la cruz en señal de apostasia, sopena de morir en los mas crueles tormentos. Y despues de siete años todavía venia ejecutándose ese edicto con la prision, la tortura y la muerte. Los principales mártires son dos obispos españoles, Ignacio Delgado y Domingo Henares, muchos sacerdotes, asi europeos como indigenas, entre ellos cinco franceses, á saber: los señores Gagelin, Jacard, Marchant, Cornay, y Dumoulin-Borie. En cuanto á los fieles de toda edad y de todo sexo que han sufrido por Jesucristo, no se sabe su número.

Hasta la edad mas tierna tiene sus héroes: «Mandarines, dijo un muchacho de diez años, dadme un sablazo en el pescuezo para que me vaya á mi patria.»—«¿Pues dónde es tu patria?»—«En el cielo.»—«Dónde están tus padres?»—«Están en el cielo, y yo quiero

(4) *Univers de Paris* de 23 de diciembre de 1851.

irme con ellos; dadme, pues, un sablazo para que yo vaya.» Los mandarines se compadecieron viéndole tan niño y no quisieron darle el sablazo que con tantas ansias les pedía.

Y este hecho no fué el único en este género. En el mismo año, 1838, fueron arrestados tres cristianos: Santiago Nam, sacerdote anamita; Antonio Dich, rico propietario, en cuya casa estaba oculto el sacerdote; y Miguel Mi, alcalde del pueblo y yerno de Antonio. Como este último era un anciano de sesenta y nueve años, muy sensible al dolor, su yerno pidió y obtuvo sufrir los tormentos por sí mismo y por su suegro. Asi es que Miguel recibió en el espacio de cuarenta dias quinientos azotes, que cada vez destrozaban su carne sin que jamás él lanzase un suspiro. Antonio Dich recibió tambien de su familia las mas apremiantes exhortaciones para que hasta la muerte permaneciese fiel al Señor. Uno de sus ocho hijos fué á presentarse al gran mandarín, prometiéndole ocho barras de plata, si consentía en que él sufriese y muriese por su padre. El mandarín alabó su abnegacion, pero no se atrevió á acceder á su peticion. Miguel Mi experimentó tambien muy gratos consuelos de parte de los suyos: su muger fué á verle muchas veces con su último hijo todavía de pecho, le exhortó á que no tuviese cuidado por ella, á que estuviese tranquilo respecto de la suerte de sus cuatro hijos pequeños, añadiendo que con la gracia de Dios esperaba poder darles de comer y educarlos, aunque sola. La hija de Miguel Mi, de once años de edad, se escapó un dia furtivamente de la casa paterna para ir á ver al santo confesor en su prision. Ella anduvo sola media jornada de camino, atravesó sin temor por entre los soldados y las guardias, y pudo llegar hasta donde estaba su padre, á quien alentó á morir mil veces antes que pisar la cruz. Uno de sus hijuelos, llamado Thang-

Tuong, que apenas tenía nueve años, le envió tambien á decir por los que iban á verle, que no abandonase la Religión, que antes sufriese el martirio, para que fuese derecho al cielo: que no se apenase por sus hijos, porque el buen Dios, que les habia dado el ser, cuidaría de ellos.

Por último, los perseguidores, cansados de luchar contra una constancia que se robustecía con las pruebas, dieron sentencia de muerte contra los santos confesores. Pocos dias despues, un Real decreto confirmó la sentencia, y al otro dia fueron conducidos al suplicio. Esta vez los mandarines renovaron sus precauciones para contener á la muchedumbre, ávida de recoger la sangre de los mártires, porque se picaba su amor propio al ver que eran respetados como santos aquellos á quienes ellos castigaban como malhechores; pero cuanto mas miedo querian infundir, mas se apiñaba la multitud en la carrera que seguían los reos á fin de aplaudirles en su último combate. Los elogios que se hacian de su valor, las lágrimas de ternura que corrian de los ojos de todos, los vengaban bastante del desprecio y del ódio de los oficiales del rey. Nuestros generosos atletas, cargados con sus cangas y sus cadenas, marchaban al suplicio con aire tan sereno como si hubiesen ido á una fiesta. Hablaban familiarmente de su buena suerte, con sus ademanes se iban despidiendo de la multitud de cristianos que los saludaban con el mayor afecto y se recomendaban á sus oraciones. Miguel Mi, principalmente, iba á la muerte, con una asombrosa intrepidez. El verdugo le habia dicho: «Dame cinco ligaduras (monedas) y te cortaré la cabeza de un solo sablazo para no hacerte padecer.»—«Cortámela, aunque sea de cien golpes, si así te da la gana, respondió; con tal que me la cortes, nada me importa lo demas. En cuanto á liga-